



Escena pastoril.—Copia de un cuadro de Huet.



cion se deleitaba con esos cortos poemas dramáticos, cuyo teatro era el campo, y sus personajes pastores, ó individuos que cultivaban las primeras industrias que ofrece la naturaleza. Para buscar el origen de esta literatura, no necesitamos recorrer las orillas del Anapis, ni los valles de Elora, ni las llanuras de Caldea. El *Cántico de los cánticos*, considerándolo ahora simplemente en concepto de composición poética, pertenece á la seccion que nos ocupa. Remontándonos á tiempos lejanos, encontramos en España alguna que otra cantinela del género pastoril en las obras del arcipreste de Hita, y en las poesías del siglo XV. Juan de la Encina, introdujo los pastores en los palacios de los príncipes y señores, haciéndolo con tal suerte, que á fines del reinado de Fernando el Católico se uniformó casi toda nuestra literatura, vistiendo pellico y tomando el cayado. Garcilaso, príncipe de la poesía castellana, se ejercitó casi exclusivamente en la égloga, dejándonos los modelos mas acabados de sencillez, ternura y melancolía. Bernardo de Balbuena, fácil, rico, fluido, pero menos tierno y esmerado que Garcilaso, nos legó tambien composiciones llenas de esa gracia, sencillez y perfume rústico que constituyen su principal colorido.

En tiempos mas modernos, Melendez Valdés, ha sido quien ha cultivado con mas esmero y acierto el campo de la poesía pastoril, dando una elevacion á las ideas, y prestando á los sentimientos un giro compatibles con las verdades de la naturaleza y de la sociedad.

¿La simple hermosura de la literatura campestre, basta para animar la égloga hasta el punto de hacerla interesante, y de conquistarle un puesto entre los diversos géneros de poesia? Por de contado, facilmente se esplica, que no abundan entre nosotros los Teócritos, por mas que nuestros campos hayan podido y puedan aun inspirar á pinceles como los de otras partes. Lo que convendría examinar es, si bajo el cielo de nuestros campos, existe lugar alguno donde haya hombres contentos con una vida campestre, cuyas costumbres, naturalidad, candor y sentimiento puedan estar en armonia con la paz de sus moradas, y la inocencia de sus ocupaciones. Convendría examinar, si ciertas escenas de su vida presentan un cuadro de una felicidad pura, muy apetecible en sí misma, y tanto mas deliciosa de contemplar si forman contraste con la ociosa agitacion de las ciudades, los hábitos de intrigas, la inquieta actividad de la ambicion y las amarguras que acarrear repetidos desengaños.

Para averiguar esto y juzgar con todos los datos necesarios acerca de esta poética situacion seria necesario haber conocido perfectamente las cualidades naturales á todos los hombres, y las que los caracterizan en particular. Por lo demás, el que haya obtenido la atractiva belleza de nuestros campos, la frescura de nuestros valles, la fertilidad de nuestras llanuras, nuestros rios, praderas, los apacibles cuidados con que el circulo de las estaciones venga á reanimarlos, no podrá menos de sentir, que todo esto encierra una poesia dulcisima, y cuadros interesantes, en cuya contemplacion gustará de reposar el alma no corrompida que cree en el bien, en la verdad y en la hermosura.

Si trasladamos nuestras consideraciones hácia las creaciones de este género, efectuadas por la pintura, veremos que los mas célebres artistas se han estasiado tambien en la contemplacion de estos cuadros interesantes, y que no se han contentado con reproducirnos paisajes aislados, sino que han trasladado al lienzo, esas pintorescas y tranquilas escenas, que amenizan la vida del campo y nos conducen á tiempos mejores.

Nosotros presentamos á nuestros lectores una muestra de esas felices concepciones; una copia de los cuadros mas celebrados de Huet, de ese pintor inspirado, cuyas muestras de ingenio se encuentran en casi todos los museos de Europa.

La poesia pastoril ha desaparecido; el idilio, por su forma y por sus tendencias, no puede ser el género que pueden cultivar con mejor esmero los artistas de una época turbulenta de emociones transitorias y exclusivistas. Las revoluciones hacen estragos manifiestos en todos los ramos del saber humano.

B.\*\*\*

## PEDRO EL SIMPLON.

### I.

DE CÓMO PEDRO GANÓ ESTE APODO.—UN CABALLO VIEJO.

Juan y Pedro Medina, eran hijos gemelos del conde y de la condesa de Medina, á los que Dios habia dado tambien, tres años mas tarde, una hija. María Isabel, llamada así de los nombres de su madre y de su tia la señorita de Medina, hermana mayor del conde, la que vivía junto á él en una quinta con almenadas torrecillas, recuerdo arquitectónico del siglo XI.

Afligida á los veinte años por uno de esos desastres del alma de que no se consuela uno, y que destrazan la vida, como el rayo demasiado ardiente del sol destruye los frutos en flor, la señorita de Medina se retiró á aquella quinta, no saliendo sino los domingos para ir á la iglesia de Medinilla, que domina el castillo de Medina, cerca de un puertecito de mar en Galicia. Jamás iba ni aun á la quinta de sus hermanos.

La primera sonrisa, pálida, en la que podía leerse tanto pesar como dicha; la primera sonrisa apareció en el rostro de la señorita de Medina cuando, desde su voluntaria reclusion acogió el nacimiento de María Isabel. Desde entonces, su pensamiento, que se alimentaba de amargos recuerdos, reposó con gusto sobre aquella inocente que criaba á sus propios pechos la condesa, y cuando la gentil criatura pudo correr por el campo cual una ligera a'ondra que apenas se atreve á levantarse del suelo que roza con sus alas, la señorita salía de su quinta y venía á ofrecer flores y frutas á la niña.

En cuanto se retiraba de la pradera Isabelita, volvía su tia á su encierro.

No sucedía lo mismo cuando acudían á la pradera y á las alamedas inmediatas á su morada los dos gemelos Juan y Pedro, ó el conde y la condesa.

En estas ocasiones veíanse correr lágrimas en los ojos de la joven condesa, al mismo tiempo que exhalaba el conde un triste suspiro, y corría á encerrarse en su mansion.

A medida que iba creciendo Isabel, la señorita de Medina la cobraba un vivísimo interés, y se entretenía con ella contándole largas y divertidas historias, que despues con mucha gracia, repetía á sus hermanitos Isabel.

En estas historias, en que siempre reinaba cierta exaltacion, encontraban gran distraccion sus hermanos, produciendo en ellos efectos diversos, segun era distinto su carácter.



Parecianse solo, los dos gemelos Juan y Pedro, en la bondad del corazon; pues, en lo demás, en lo físico y en lo moral, eran muy distintos.

Juan era en su físico pequeño, regordete y rubio, y en lo moral el burlon mas grande del mundo, capaz de reirse de él mismo. Pedro, era moreno, delgado, un poco sério y de una credulidad tal, que todo lo tomaba por moneda corriente.

Una de las primeras y mas vivas pesadumbres que tuvo Pedro en su juventud, fué por el modo poco respetuoso con que Juan habia tomado las aventuras del ingenioso hidalgo y valiente caballero don Quijote de la Mancha. Nada hallaba tan admirable, interesante y de su gusto Pedro, como aquel hombre, que, ya en una e'ad provecta, abandonaba la tranquilidad de su hogar para andarse por montes y valles, corriendo en busca de entuertos que desfacer y oprimidos que socorrer. Esto le conmovia, al paso que á Juan, que solo veia el lado grotesco de la obra inmortal de Cervantes, tenia al señor Quijada, con su yelmo de Mambrino y su lanza en ristre, como un solemne y rematado loco.

Una aventura en que el bueno de Pedro trató de seguir las huellas de su héroe, le valió, por parte de su hermano, el apodo del *Simplon*, que conservó el pobre toda su vida.

Habíanse detenido en un bosque, dependiente de la quinta de los condes, dos mendigos. El uno llevaba el sombrero lleno de fresas, que consentia en partir con su camarada; empero éste las queria todas, con lo que vinieron á las manos, sacudiéndose sendos garrotazos.

Pedro, que tras de unas matas habia presenciado la cuestion, no vaciló un momento, y se lanza en lo mas recio de la pelea y hace prevalecer la justicia, no sin que el campo hubiese quedado manchado de sangre y á él le hubiesen alcanzado algunos palos y pescozones.

Cuando su madre lo vió, con la nariz hinchada y amoratados los carrillos, le riñó: pero el entusiasmado jóven la contestó, que no era mucho el pagar, á costa de algunas contusiones, el triunfo de la justicia.

Apenas habia Pedro formulado esta bella y generosa máxima, cuando llegó corriendo y desolado el jardinero, quejándose de que el plantío de las fresas habia sido completamente destruido y saqueado.

Su hermano Juan soltó una grande carcajada, burlándose de Pedro y felicitándole por lo oportuno y acertado que era en la eleccion de sus clientes, y por el entuerto que acababa de desfacer, prediciéndole una brillante carrera de caballero andante, aconsejándole que con sus ahorros comprase un caballo que tuviese las cualidades del célebre Rocinante, con el que se echase por esos mundos de Dios en busca de aventuras.

Algunas semanas despues de la aventura de las fresas, encontraron los dos hermanos un jamelgo mas flaco y tísico todavía que el de don Quijote. Llevábalo el hijo de uno de los colonos del conde al matadero.

—Muchacho, le gritó Juan: déjame contemplar tu caballo. El diablo me lleve si he visto otro en mi vida que se claree mas que éste. ¡Está mas flaco que Rocinante! ¡es un esqueleto!

—Bueno, replicó Pedro: que mientras se estaba burlando su hermano habia reparado en el rostro profundamente triste del aldeano, y adivinaba el gran dolor de éste. Juan, pues que me has prometido un caballo digno de mi, á quien por mofa llamas nieto de don Quijote, cúmpleme tu palabra, pues ahí tienes la ocasion.

—Hágase segun vuestra voluntad, noble caballero; replicó con chunga y risa Juan.

—¿Cuánto quieres por ese armazon de huesos? preguntó al chiquillo.

—¿Qué dice vd.? contestó el aldeano, no comprendiendo la pregunta.

—¿No llevabas al matadero ese caballo?

—Con harto sentimiento mio, señorito Juan; pero mi padre dice que mas vale dar á un pobre una limosna que mantener animales inútiles, cuando no es uno bastante rico para hacer las dos cosas.

—Pues bien, yo te compro ese caballo.

—¿Y qué va vd. á hacer de él? ¡Santo Dios!

—Regalárselo á mi hermano.

—Usted tiene gana de burlarse, señorito Juan, respondió el aldeano dando un suspiro; y permítame vd. que le diga que no es esta ocasion para ello. Este caballo me ha llevado á mi cuando todavia no andaba, y desde entonces le queremos mucho. Comprendo que no le podamos mantener no haciendo nada, pero es muy duro condenar á muerte á un pobre animal que tan bien nos ha servido toda su vida; pero, en fin, mi padre ha dicho que es preciso, y aunque me se destroza el corazon, he querido llevarlo yo mismo al matadero para que tenga la satisfaccion de estar conmigo hasta el último momento. Déjeme vd., si gusta, continuar mi camino....

—Amiguito, le dijo entonces Pedro, poniéndole la mano en el hombro; con formalidad, tratamos de comprártelo: además te dejo en libertad de que vengas á verlo cuando quieras á nuestra cuadra, y allí acabará tranquilamente y en la abundancia su trabajosa y penosa vida.

Ora fuese que en el pais tuviese crédito Pedro, ora que Juan le hubiese puesto un duro en la mano, ello es que el aldeano le dejó el caballo, y despues de abrazarlo, vertiendo lágrimas, se despidió de él, diciéndole:

—Adios, mi pobre *Careto*; vas á vivir como un señor. ¡No has tenido mala suerte! ¡Quién nos lo hubiera dicho esta mañana! y haciéndole unas caricias se alejó de él, despues de haber dado gracias á los dos hermanos.

## II.

### PEDRO NO DESMIENTE EL REFRAN DE TERCO COMO UN MULO GALLEGO.

El conde de Medina, terminada la primera educacion de sus hijos, los envió á Madrid, á la Universidad Central, para que estudiasen jurisprudencia.

Los dos jóvenes tenian muy buena traza; habian recibido en Galicia una excelente educacion: eran ricos, tenian los bolsillos llenos de cartas de recomendacion, y no tardaron en ser recibidos en las mejores sociedades, al mismo tiempo que con sus compañeros de estudio formaban prontas relaciones y amistades.

Naturalmente en estas diferentes relaciones Juan y Pedro demostraban cada cual sus particulares disposiciones, Juan su burlona alegría, Pedro su sencilla credulidad. Donde Juan no veia mas que condiscipulos ó compañeros de diversion, Pedro juraba y perjuraba encontrar amigos y hermanos.

En la sociedad sucedia lo mismo, todos los hombres le parecian á Pedro el *Simplon* decididos protectores dispuestos á favorecerle en su carrera y todas las mujeres sin excepcion eran para él unos ángeles y unas santas.

—Ángeles con las alas recogidas y santas un poco mundanas y frívolas, le decia Juan á su hermano que eran las mujeres.



Al mismo tiempo que estudiaban Juan y Pedro, iba á su clase un jóven de unos cuatro años de edad mas que ellos; se atrajo la amistad de Pedro con su discrecion, tal vez un poco altanera, como por la severidad de su traje, siempre el mismo, cualesquiera que fuese la estacion.

Cuanto mas se encerraba este jóven en una fria reserva, mas se adheria á él Pedro.

—¡Es un orgulloso! decia Juan.

—¡Es un desgraciado! decia Pedro.

Llegado el tiempo de los exámenes y recibido los grados Jorge el Taciturno, como habia bautizado á aquel estudiante Juan, desapareció de la casa de huéspedes en que vivia así como de la Universidad, y nadie pudo decir, hácia cual de los cuatro puntos cardinales, habia vuelto su pálido rostro y encaminado sus pasos. Ninguno, fuera de Pedro, que despues de muchas semanas habia tan hábilmente maniobrado, que habia descubierto su direccion encontrándole en Getafe, donde se habia instalado en una casita con un huertecillo.

En los pueblos pequeños sabido es que no es como en Madrid, y por mucha reserva que se tenga, pronto se tiene por confidentes de sus achaques y miserias por mas que se haga á los vecinos, y en los pueblos son vecinos todos los habitantes.

Apenas habia pasado ocho dias en Getafe Pedro, cuando se hallaba perfectamente enterado de cuanto deseaba saber.

Jorge era hijo de uno de los grandes capitalistas á quienes despues de haberlo perdido todo solo les quedaba el honor. Habia hecho quiebra y habia vuelto á rehabilitarse, pero vuelto á quebrar otra vez, se murió de sentimiento dejando á su viuda y á su hijo en la mas extrema penuria. Habitada la madre de Jorge á todas las delicadezas del lujo y á los encantos de la opulencia, habia pasado desde una rica habitacion á una pobre vivienda, empero viendo la noble actitud de su hijo en la adversidad, habia tomado ella otra semejanza recibiendo los golpes de la desgracia con la cabeza erguida y serena frente.

Faltáronla pronto sus fuerzas.

Los trabajos domésticos, á que tan poca importancia dan las gentes del pueblo, que dicen que una mujer no hace nada cuando solo se ocupa de su casa, estos trabajos que animosamente habia emprendido por necesidad la madre de Jorge, se vió precisada á abandonarlos por su falta de salud. Los pesares que trató de encerrar en su pecho para no quebrantar la estóica resignacion de Jorge, le produjeron una enfermedad de consuncion.

Desde el dia en que Jorge habia visto entrar la ruina en casa de su padre comprendió que el trabajo era su único recurso.

¿Pero qué clase de trabajo?

Sobre cien jóvenes que salen de la Universidad los ochenta no son capaces de dar una leccion de historia, de matemáticas y de gramática, y los otros veinte tendrán poca aficion, además que no basta el grado para obtener una cátedra.

Quedan los empleos, muy difíciles de obtener en una nacion donde todo el mundo quiere ser empleado y donde para cada empleo hay cien cesantes del mismo.

El comercio es una carrera en donde sin dinero no se llega á nada.

Los oficios todos necesitan aprendizaje mas ó menos largo.

No hablamos del servicio en las casas, cuya idea no cabe para ciertos espíritus.

Habiendo dado mil vueltas á esta grave cuestion mirándola bajo todas sus fases, examinado en todo su rigor su posicion y pesado severamente su mérito y estudiado sus tendencias, Jorge entró de último pasante en casa de un abogado que habia tenido relaciones con su padre.

Habia colocado á su madre en Getafe por la facilidad de la comunicacion por el camino de hierro con Madrid y por no tenerla demasiado distante del médico que estaba acostumbrado á cuidarla.

Getafe reunia estas cualidades y allí habia colocado á su madre en un cuartito con una muchacha para servirla, dividiendo con ella su vida entre sus ocupaciones de pasante y sus estudios de jurisprudencia.

Además contaron los vecinos que todos los domingos y dias festivos llegaba á Getafe Jorge, si en segunda ó en tercera clase en el tren no podian decirlo, y pasaba el dia con su madre volviéndose por la noche á Madrid.

Hacia seis años que duraba esta clase de vida hasta que concluyó los estudios y abrió su bufete Jorge en el mismo Getafe.

El primer pleito nació en el huerto de la casa que habitaba su pobre madre.

Al dia siguiente de haber abierto su estudio de abogado, el hortelano que de vez en cuando venia á cuidar del huertecito que tenia la casa, encontró á flor de tierra una carterita guarnecida de acero, herméticamente cerrada.

Dióla vueltas en la mano evi'tentemente con la intencion de no buscar un cerrajero para abrirla, cuando el dueño de la casa que lo habia visto desde lejos, se le presentó de repente pretendiendo que aquella carterita encontrada en terreno de su propiedad debia de pertenecerle. El hortelano defendia su hallazgo, y el propietario se lo disputaba. Hubo voces, gritos y hubieran llegado á las manos y habido la de Dios que es Cristo, á no haber acudido Jorge al ruido.

Oida la causa:

—Me parece, dijo el abogado, partiendo del punto de vista de vds., mis títulos á la posesion de esa carterita son sin duda mas legítimos y valederos que los de vds. Es cierto que el señor Mendoza es el propietario de este terreno, pero habiéndomelo alquilado á mi, me ha transmitido sus derechos en ciertos límites. Los frutos de sus árboles son frutos míos, las verduras de su huerto verduras mías, y mientras yo sea el inquilino del señor Mendoza, lo que produzca esta tierra y lo que pueda encontrarse en ella es mio. Así esa carterita no le pertenece al hortelano, como no le pertenecen la fruta ni la verdura del huerto.

—Famosa razon, gritó el jardinero, ¿me creará vd. á mi tan tonto que vaya á dejarle tranquilamente embolsarse ese tesoro? que si quieres, ¡caramba!

—Duro es, replicó Jorge, pero no es esa mi intencion.

—¿Pues qué quiere vd. hacer entonces?

—Llevarlo contigo, Juan, y con el señor Mendoza, á casa del juez de primera instancia, ante el cual haré yo una declaracion que uno y otro firmarán vds., si gustan, y les parece bien.

El señor Mendoza, que se avergonzaba ya de su primer movimiento de codicia, se manifestó dispuesto á seguir á Jorge.

El hortelano Juan, parecia menos satisfecho de esta medida, deplorando, cándidamente, el no haber madrugado mas, segun su costumbre, y haber llegado á la huerta cuando ya se habian levantado aquellos señores.

Antes que el juez de primera instancia, en presencia de los testigos requeridos por la ley, procediese á la apertura



de la cartera. Jorge presentó la siguiente declaración:

«Yo, don Jorge Fernandez, abogado de los tribunales nacionales y del juzgado de Getafe, declaro: que cedo al hospital de este pueblo el contenido de la cartera hallada en mi huerta por el hortelano Juan Jureda, en caso en que la susodicha cartera no fuese reclamada por su legítimo propietario.»

Las firmas del señor Mendoza y de Juan Jureda, seguían muy en línea, con mas ó menos gracia, debajo de la de Jorge.

Abrióse la cartera. Contenia en billetes de banco 40,000 reales.

—¡Cuarenta mil reales!! decía al volver á su casa el hortelano, tirándose de los cabellos; ¡40,000 rs! ¡y qué mal que me hubieran venido!!!

Y hablando como el hortelano, no le hubieran venido baric que.

tampoco mal al novel abogado, el que apenas tenía estrictamente lo necesario para el pan cotidiano de él y de su pobre familia.

Mientras el hortelano se arrancaba los cabellos de rabia, una escena no menos grotesca pasaba en una casa situada en frente del huerto, en donde detrás de una persiana había uno que, con el corazón palpitante y agitado, presenciaba el hallazgo de la cartera, y seguía con interés los sucesos posteriores.

Era éste nuestro héroe Pedro, el que había ideado aquella extravagancia para acudir al socorro de su amigo sin herir su delicadeza, y así es que había concebido el proyecto de saltar las tapias de la huerta, de noche, como un ladrón, para colocar en ella aquellos 40,000 rs. para que los recogiese su amigo como si fueran una ciruela ó un al-



¿Cuánto quieres por ese armazon de huesos? preguntó al chiquillo.

Frustrado su proyecto, muchas ideas á cual mas simples y extravagantes, se le ocurrieron á nuestro Pedro para favorecer á su amigo. Ideaba promover con cualquier motivo un pleito á cualquiera, y valiéndose de Jorge como su abogado, hacerle ganar á fuerza de honorarios aquella cantidad, que se había propuesto regalarle. Unas veces se le ocurría mandar á un sastre hacer una ropa y no pagársela; otras encargar en una fonda una gran comida, promover un escándalo y tirar los platos por la ventana; en fin, todas estas causas no hubieran podido producir de honorarios á un abogado la cantidad de 40,000 rs., y así es que adoptó un medio mas directo.

Fué á casa del abogado, llamó á la puerta, y le dijo:

—Usted se admirará de ver en su casa á su condiscípulo,

y extrañará que antes no haya venido á desempeñar el cargo que me trae hoy. Caballero, prosiguió Pedro, sin darse tiempo de respirar; hace cuatro años asistí á los últimos momentos de un moribundo, que me hizo una terrible confesion y me confió un depósito. Aquel hombre había sido dependiente en la casa de comercio de su padre de usted, y en diversas veces le había ido robando hasta la cantidad de 5,000 duros, de los que solo le quedaban 2,000. Estos 2,000 duros los depositó aquel hombre en mis manos, con la órden sagrada de hacerlos pasar á las de vd. Yo me puse á buscar á vd. ó á su familia, pero, habiéndose usted mudado de casa, no me presumí, ni en cien leguas, que el hijo del banquero que yo buscaba fuese el compañero con quien tantas simpatías tenía en la Universidad. Una feliz





casualidad me ha hecho descubrir que es vd., y me apresuro á hacerle la restitucion de aquel miserable, á quien yo me tomé la libertad de perdonar en nombre de vd.

Para no dejar lugar á replicar á Jorge, sacó al mismo tiempo Pedro de su bolsillo los 40,000 rs. en billetes, poniéndolos en la mesa. Jorge le cogió de la mano para estorbar su accion, diciéndole:

—¿Usted olvida que juntos nos hemos matriculado en la cátedra, y que todos los días el profesor leía en alta voz nuestros nombres?

A esta sencilla observacion ruborizose Pedro, viendo descubierta su intencion, y dejó escapar un gesto como de despecho.

—Caballero, replicó Jorge despues de algunos segundos de silencio, con una voz de penetrante dulzura, que tenia un indecible encanto: tome vd. esto, y al mismo tiempo señalaba los billetes: ahora comprendo cómo brotan carteras en mi huerto: recoja vd. esto; empero, en cambio, acepte usted mi amistad. Usted es el primero á quien se la he ofrecido despues de mis desgracias.

Un grito, parecido á un sollozo, se escapó del pecho de Pedro; arrojáronse los dos jóvenes con los brazos abiertos, abrazándose tiernamente, y siendo desde entonces inalterable su amistad.

### III.

DE CÓMO PEDRO ESTUVO A PUNTO DE TENER UN DESAFIO SIN SABER POR QUÉ.

Juan y Pedro habian vuelto á Medinilla, á la casa de sus padres, en donde se hallaban pasando un delicioso verano, cazando en los bosques con varios amigos que habian convidado de Madrid, porque habian recibido carta blanca de sus padres para llevar consigo á los compañeros que gustasen.

Mucho sintió Pedro no poder llevarse consigo á su amigo Jorge, pero por mas que hizo, no pudo conseguirlo, porque éste no queria dejar sola á su pobre madre, no obstante la lisonjera perspectiva de las diversiones que en aquella expedicion á Galicia esperaba.

En la quinta de Medinilla todo eran fiestas y diversiones, é Isabelita, la hermana de nuestros dos gemelos, se hallaba brillante de hermosura y de gracia, y en la edad en que las muchachas deben casarse. Todos los jóvenes á porfia la rendian su homenaje y la tributaban sus adoraciones.

Pedro, que se habia formado la idea en su cabeza de que tal vez fuese un día la esposa de su amigo Jorge, miraba de mal ojo á sus adoradores; pero mas principalmente á un joven, hijo de un rico mayorazgo de la Coruña, en el que veia un terrible antagonista á sus proyectos; así es que un día, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se dirigió á él, y llevándose aparte á una alameda de la quinta, le dijo:

—Señor de Sotomayor, la naturaleza se ha mostrado pródiga con vd.: es vd. buen mozo, tiene vd. talento y además es vd. rico; tiene vd. todo lo que necesita para que le acepte mi familia, y me parece que mi hermana no le mira á usted con malos ojos.

Sotomayor, que así se llamaba el joven, quedó asombrado y cortado con aquella brusca é imprevista declaracion.

—Señor mio, continuó diciendo Pedro; mi lealtad me obliga á reconocer que, aspirando vd. á la mano de mi her-

mana Isabel, tiene vd. grandes probabilidades de conseguirla, y así, vengo á pedir á vd. que se abstenga de sus pretensiones, porque yo....

—¿Qué me está vd. diciendo? contestó Sotomayor, con cierta altivez.

—Mucho agradecería á vd. que me hubiera comprendido á media palabra, replicó Pedro.

—¿De parte de quién viene vd. á hablarme, señor mio? preguntó entonces Sotomayor. ¿Le envía á vd. su hermana Isabel?

—No señor, se lo juro á vd. como hombre de honor.

—¿Ha notado vd. en su hermanita tal repulsion á mí que ha creído vd. deber dar semejante paso?

—Isabelita no me ha dejado adivinar semejante cosa.

—En ese caso, ¿qué charada estamos representando? Según vd., su familia no rechazaría un yerno de mi clase, y su hermanita de vd. no me manifiesta ninguna repugnancia. Luego es á vd. á quien tengo la desgracia de desagradar.

—Le juro á vd., caballero, que no hay nada de eso, y que en el momento en que vd. no trate de ser mi cuñado seremos los dos mejores amigos del mundo.

—Déjemonos de chanzas, señor mio, hay cosas en que no sientan bien las bromas.

—No tengo intencion de chancearme con vd.

—Entonces es con seriedad, sin darme razon alguna, con la que viene vd. á rogarme que no aspire á la mano de su hermana.

—Con toda seriedad.

—Pues eso, señor mio, es lo que precisamente me decide á ir hoy mismo á hablar al señor conde.

—No hará vd. semejante cosa.

—Podrá vd. presenciarla si gusta.

—Eso no es obrar como caballero.

—¡Alto allá! retire vd. esa palabra.

—Dicha está, y no la retiro.

—De modo que se batirá vd. conmigo.

—Desde luego, si no hay mas medio de oponerme á los proyectos de vd.

—Nos batiremos, y no por eso cambiaré mis proyectos.

—¡Qué! ¿cubierto con la sangre de un hermano se atreverá vd. á hablar de matrimonio á la hermana?

—Espero no manchar mis manos con la sangre de vd.

—¿Se atreverá vd. á tenerme contemplaciones?

Una inmensa carcajada impidió á Sotomayor el responder á Pedro.

Juan, que llegaba sin que lo hubiesen visto á donde estaban los dos jóvenes, habia oído de su contienda lo bastante para enterarse del asunto y adivinar el resto.

—Dénse vds. las manos, señores, les dijo; están vds. disputando sin motivo: tengo el honor de participar á vds. el matrimonio de mi hermana Isabelita con el conde de Peñarubia, que formulaba su demanda á mi padre, mientras ustedes aquí estaban dispuestos á romperse la cabeza. Parece que nuestra querida hermana hacia tiempo que preferia al buen conde.

—¡Vaya una felonía! exclamó Pedro.

Sotomayor no dijo ni una palabra, pero al día siguiente tomó el camino de la Coruña, y un mes despues Isabelita era ya condesa de Peñarubia, sin haber sabido que Pedro se habia espuesto á que lo mataran por su porvenir.

Añadiremos que los proyectos de Pedro hubieran además hallado otro obstáculo, porque en la misma época del matrimonio de Isabelita, recibió Pedro la noticia de que Jorge



se había casado con una señorita á quien amaba hacía mucho tiempo.

—Esta es otra batalla contra los molinos de viento, le dijo Juan á su hermano Pedro.

Este, cabizbajo y mohino, le volvió la espalda sin pronunciar una sola palabra.

## IV.

## DE CÓMO PEDRO TRATA DE SACAR POR SEGUNDA VEZ AL AIRE SU TIZONA.

Aun cuando Pedro veía poco á su tía la señorita de Medina, que hacía una vida retirada y solitaria en una hacienda junto á la quinta de sus hermanos, no por eso dejaba de profesarla el mayor afecto y tenía por ella una especie de veneración, no tolerando que nadie en su presencia criticase lo raro de su retraída existencia. Así es, que un día que un caballero que habitaba allí cerca, dijo, con sobrada ligereza, que el retraimiento de aquella señora no era sino una espacion, habiéndolo sabido Pedro, se puso inmediatamente en camino, para desmentir formalmente á aquel atrevido jóven. Aquel jóven era oficial de marina, y acababa de marcharse al Ferrol, de donde la fragata *Cármén*, en que servía, debía hacerse á la vela para ir á China y el Japon.

Pedro marcha inmediatamente al Ferrol, donde esperaba encontrar aun la fragata en el puerto, con ánimo de romperse la cabeza con el marino.

No perdía ni un minuto, empero llegó precisamente al Ferrol en el momento que la *Cármén*, arrojando á los vientos contrarios, cual una especie de burla, sus negras columnas de humo, salía del puerto.

Pedro había olvidado que la *Cármén* era una fragata de vapor.

Miró en torno de sí para ver si había algun otro buque para el mismo destino pronto á marchar. Con gran pesar suyo no había ni uno solo. Debió, pues, aplazar su venganza, y volverse á Medinilla.

Como al ir al Ferrol había cogido su caja de pistolas y no había ocultado ni la causa ni el objeto de su viaje, causó esto una grande perturbacion en la familia, y llegó á oídos hasta de la señorita de Medina.

No fué menor la inquietud de sus padres, que, con la mayor ansia, y sin tomar alimento ni descanso, aguardaban la vuelta de Pedro ó noticias suyas, temblando el recibirlas, pues sabían que era tan terco y obstinado como simple.

Cuando volvió Pedro sano y salvo de su aventurera expedicion, la señorita de Medina, por quien se había espuesto, salió á su encuentro, y en medio de las mas ardientes acciones de gracias, hizo una promesa que revelaba las recientes angustias de su corazon. Temiendo poder arrepentirse con el tiempo de dar á conocer á todos la causa de su estraña conducta, corrió á su casa, y abriendo temblando el armario donde tenía guardados sus papeles, sacó de ellos uno que el tiempo había puesto amarillo, y con él se dirigió á la quinta de su hermano el conde, cuyas puertas no había traspasado hacía treinta años, tiempo que había durado su voluntario retraimiento.

—Toma, le dijo á su sobrino Pedro vertiendo un torrente de lágrimas, y mira por quién te ibas á esponer á perder la vida.

Y dirigiéndose despues á su hermano el conde, añadió: —Desde hoy quedas relevado de la promesa que me ha-

bias hecho de no pronunciar jamás mi nombre, y que tan bien me has cumplido.

Al decir esto se retiró la señorita de Medina á su morada, no obstante el gesto de súplica que el conde y la condesa la dirigieron para que permaneciese allí.

El papel que la señorita de Medina había entregado á su sobrino, era una hoja arrancada de un libro de memorias, especie de diario que algunas veces acostumbran á llevar de sus sensaciones las jóvenes.

Lo transcribiremos aquí.

«Mi padre ha elegido á el hombre con quien debo unirme en matrimonio. ¡Bendito sea mi padre, porque me parece que amaré á Fernando!

«Nuestro matrimonio se ha fijado para el 1.º de octubre próximo, es decir, para dentro de quince dias. Me parece que los sucesos se apresuran, se agolpan y me arrastran. Soy como la hoja del árbol que se lleva el huracan, y no tengo tiempo de bajar á mi misma. El flujo y reflujo de mis pensamientos zumba en mis oídos con tanto ruido, que no me siento capaz de analizarlos, y mi corazon está como entorpecido.

«El conde de Santa Rufina, uno de los que han de ser testigos del matrimonio de Fernando, ha llegado esta tarde. Es estremadamente político, y muy galante.

«Fernando tiene un defecto, no es celoso: esto hiere un poco mi vanidad femenil.

«Si yo prestase alguna atencion á los requiebros del conde, tal vez se avivaria Fernando.

«¿Qué he hecho, Dios mio? ¿Qué he hecho? ¡un duelo entre el conde y Fernando, y yo soy la causa!... Si le sucede alguna desgracia á Fernando y no me vuelvo loca.... ¡pero no! ¡no! no hay desafío, me engañan mis temores: ¡Fernando va á volver, esta es su hora!

«¡Están juntos, y no se sabe dónde! En este momento mismo, uno de los dos....»

Esto decia el papel, y el conde de Medina añadió con la mayor tristeza:

—Mi hermana lleva el luto por Fernando hace treinta años.

Y al mismo tiempo lanzó una insinuante é interrogadora mirada sobre su hijo Pedro.

Escusado es el decir que Pedro renunció al desafío con que intentaba provocar al jóven oficial de marina, y que esta vez ninguna espresion de chanza y burla se asomó á los labios de Juan contra su hermano Pedro por su aficion á desfacer agravios y correr aventuras.

## V.

## NUEVAS SIMPLEZAS DE PEDRO.

Pedro tenía sobre el matrimonio sus ideas formadas; ideas estravagantes, pero siempre generosas y caballerescas, á las que sus padres parecían asentir por no contradecirle. Para Pedro era un deber, en un hombre rico, el casarse con una mujer pobre.

Esto no era fácil conseguirlo en la casa de campo donde vivían sus padres ni en la vecindad, porque las gentes que había eran gentes acomodadas y ricas, y entre las aldeanas no era fácil que Pedro escogiese esposa por su rusticidad y falta absoluta de educacion y demás cualidades, capaces de prender el corazon de un jóven instruido que ha seguido una carrera literaria y vivido en medio de la buena sociedad.



Temblaba Juan al pensar la cuñada que le daría Pedro, porque era tan fácil que, en su simpleza y bondad de corazón, tomase por un brillante una piedra falsa.

La hija de uno de los mas distinguidos capitalistas de nuestro país, la señorita doña Clara de Guzman, dotada de belleza y por añadidura de un millón de reales, fué la que cautivó el corazón de Juan, y admitida por los padres de esta jóven su pretension, se concertó su matrimonio.

Tenia Clarita una hermana llamada Teresa, no menos bella, y tan rica como ella.

El sério, el exaltado, el romántico Pedro, se enamoró perdidamente de ella.

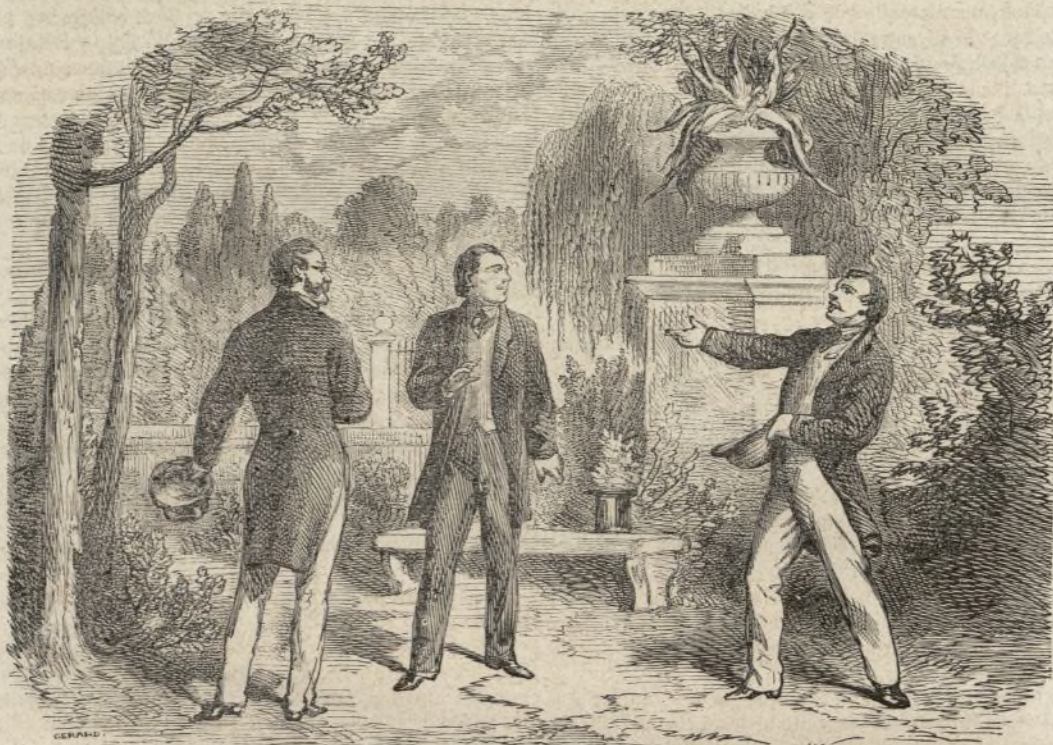
Llenaban sus distinguidas cualidades todas sus aspiraciones, empero tenia para él un defecto insuperable. Te-

nia un millón de dote, como su hermana, y este ruido metálico le exasperaba.

Trató Pedro de comprimir é imponer silencio á su pasión, no pudiendo renunciar á la idea á que se había acostumbrado de ser en su matrimonio un mensajero de felicidad, que, cual un personaje de las *Mil y una noches*, descendiese en medio de una de esas y muchas honradas familias, donde una miseria secreta es la compañera fiel del merito y de la virtud.

La Teresita cada vez le trastornaba mas la cabeza, y le cautivaba con sus gracias.

Un día, viendo que la jóven correspondia á su amor, porque aparte de su romanticismo, que le hacia rayar en simple, era Pedro un jóven excelente y de buenas cualida-



Dénse vds. las manos..... están disputando sin motivo.

des; propuso á su amada que, renunciando á su dote de un millón de reales, si se casaban lo distribuyesen en cuarenta lotes á doncellas pobres, con lo que harían cuarenta familias felices, quedándoles á ellos con la hacienda de sus padres los condes de Medina, lo muy bastante para pasar la vida cómoda y holgadamente.

Teresita consintió en esta admirable teoría de la dote, pero exigió por condicion que antes hablase á su padre de eso.

Al hablar Pedro con el señor de Guzman de esta extravagancia, éste no pudo menos, sin contradecirle, de creer que su futuro yerno estaba loco.

Habló el padre con su hija, mandándole que olvidase el amor de un hombre mas digno de habitar en un manicomio

que de hacer la felicidad de una jóven de sus bellas cualidades.

Grande fué la tristeza de ambos enamorados, y grande fué tambien la de Clara y la de Juan que veían perturbada su felicidad, observando la desgracia que atraían á su hermano sus exageradas y novelescas teorías.

Pedro habia dado cuenta de todo esto á su amigo Jorge, escribiéndole:

«No es extraño, le decia, que habiendo querido hacer toda mi vida el bien, no habiendo escuchado mas que las generosas inspiraciones de mi corazón, constantemente me haya salido todo mal? A escepcion de un pobre caballo al que he podido procurar una vejez tranquila y descansada, todos mis demás proyectos han abortado.»



—«Amigo Pedro, le contestó Jorge; no basta poseer un corazón ansioso de hacer bien, es menester saber hacerlo. Ser generoso es buena cosa, pero ser generoso y hábil es mucho mejor. Si don Quijote, tu ilustre patron, como dice tu hermano Juan, hubiese empleado para la felicidad de los habitantes de su pobre lugar de la Mancha, la inteligencia y calor de alma que gastó combatiendo trasgos, vestiglos y

fantasmas, hubiera muerto riquísimo de buenas acciones. El señor de Guzman ha obrado como cualquier otro buen padre de familia hubiera obrado en su lugar. Créeme, ve á ver á tu futuro suegro, desdicete de tu simple propuesta, y cuando se haya restablecido la buena inteligencia entre los dos, cástate sin escrúpulo ni remordimiento ninguno con Teresita y su millon. Aumentada tu fortuna personal, dedi-



Pedro había olvidado que la *Cármén* era una fragata de vapor.

cándote á especulaciones consagradas á caridad, ¿no podríais satisfacer las benditas ambiciones de vuestras almas?»

Pedro ha seguido el consejo de su amigo Jorge. Aunque con trabajo, y á duras penas, el señor de Guzman dió su consentimiento para que se casasen Pedro y Teresita, y hoy son los dos mejores y mas felices esposos del mundo.

De vez en cuando, Pedro suele dar tajos y reveses en el vacío, y constituirse en el campeón de algunos tunos y bribones, como le sucedió en otro tiempo con los ladrones de las fresas; pero esto no son mas que ligeras extravagancias, residuo de su antigua exaltación caballeresca, y ampliamente compensadas con su buen juicio y una multitud de acciones nobles y generosas.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Además, Pedro afirma siempre, «que mas quiere que le engañen cien picaros, que dejar de acudir una sola vez al socorro de un hombre de bien.»

J. M. D.

### MISCELANEA DE SUCESOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

Aun cuando volvamos de nuevo al camino de la verdad histórica, abandonado algun tanto extraviados en segui-

AÑO XXIII. 36